

## La puerta hacia la entropía generativa<sup>1</sup>

### The Door to Generative Entropy

LUCA TOSCHI

Università di Firenze

*Italia*

luca.toschi@unifi.it

(Recibido: 09/12/2019;  
aceptado: 13/12/2019)

#### A cada uno sus gafas

Abrir un libro significó, al inicio de mi vida, abrir, fatigosamente – la manilla era demasiado alta para mí – una puerta, la del estudio de mi padre, la de su biblioteca.

Encontrar la manera de entrar en su mundo buscando entender qué era. Un mundo de aparente soledad. Él solo en su estudio. Sentía que, en sus manos, en sus gestos, en sus ojos, en las horas encerrado allí, algo sucedía, como si en aquel abarrotarse de libros, de secuencias ordenadas de signos, iguales y, sin embargo, siempre diferentes para mí, aún incapaz de leer, existiera un mundo en el que poder entrar, en el que poder ser acogido, un paisaje siempre diverso que mirar, como el del devenir de su rostro, de su cuerpo, de sus posturas en continua transformación. Allí siempre acontecía algo, ya fuese hundido en su butaca, ya sentado en su escritorio; erguido, como ocupado en una disciplina más grande que él o inclinado, replegado sobre sí mismo, finalmente a gusto con un interlocutor a quien yo no lograba ver ni escuchar.

No, allí nunca estaba solo –en el sentido en que tantas veces podía percibirlo, a lo mejor en un evento público, durante una cena con amigos en nuestra casa– hasta tal punto que, cuando dejaba aquella “buena compañía” hecha de libros, me parecía siempre diferente de cuando se metía en su estudio y trataba de entender algo, algo en sus ojos, detrás de aquellas gafas. Hubiera querido tanto que aquellas gafas, aquellos bolígrafos, aquellas hojas donde apuntaba incesantemente lo que leía, aquel olor a papel impreso, fueran también míos.

---

<sup>1</sup> Para citar este artículo: Toschi, Luca (2020). La puerta hacia la entropía generativa. *Álabe* 21. [[www.revistaalabe.com](http://www.revistaalabe.com)]  
DOI: 10.15645/Alabe2020.21.12  
Traducción de Cristina Falcón Maldonado

Pero me amaba tanto que, durante la breve vida que compartí con él, aun a riesgo de parecerme lejano, remoto, indiferente -hizo de todo para que no me pusiera nunca sus gafas- procuró que fuera en busca de mis lápices, mis gomas de borrar, mis hojas, mis libros, de mis compañeros de viaje. Que fuera libre de construirme mi “buena compañía”. Una libertad difícil de entender porque nadie te la puede dar, solo puedes continuar buscándola en las páginas de los libros y de tu vida.

Un mundo verdaderamente invisible para mí, pero no incomprensible hasta el punto de no poder entender que se trataba de un modo de vivir diferente de todo lo demás, dentro y fuera de nuestra casa. Un mundo que lo acompañaba siempre, donde quiera que fuésemos. Cada día, hasta los silencios más hondos de la noche. Una magia para mayores. Hasta cuando íbamos de vacaciones, a la playa o la montaña, lo seguían retazos de ese mundo, llenando cada rincón que quedara libre del equipaje. De las personas. Un mundo suyo, pero abierto a todos, también a mí, de pequeño.

### **Mi primera biblioteca**

La puerta del estudio estaba compuesta por dos hojas de madera con paneles de cristal esmerilado y ya mucho antes de lograr girar aquel picaporte de bronce trataba de curiosear aquellos objetos diversos, iguales, de los más diversos colores, de formatos pequeños, pequeñísimos, y luego grandes, algunos tan grandes, al punto de no poderlos sostener fácilmente sin temer que terminaran cayendo. De unas dimensiones tan embarazosas, para llevar en el bolsillo, como aquel mío comprender sin conseguir entender. El olor era cálido, abierto y, sin embargo, cerrado, te protegía mientras desplegaba ante ti paisajes sin final; una senda misteriosa y, sin embargo, familiar, que no cesaba de llamarte. Te prometía hacer que escaparas lejos, pero también te tranquilizaba, te invitaba a no temer, a quedarte, a detenerte, a sentir aquello que aún no sabía escuchar.

No sabía leer, pero lo que había tras aquella puerta me atraía cada vez más, aquel orden que el efecto óptico de los cristales deformaba, dejando imaginar la posibilidad de disipación de naturaleza diversa, finalmente adulta, seria, real, no simulada. Desde las estanterías de la biblioteca hasta la disposición de los libros, la compostura de aquellas filas de letras sobre las páginas... todo me daba la sensación de que se podría encontrar en ese relato infinito un sentido al asombro de la vida de un niño y, sin embargo, ese mismo todo acababa por abrumarme con su imprevisibilidad, convirtiéndose en fuente de asombros aún más grandes que aquellos para escaparme, para los que tendía a buscar unas reglas, las leyes de un orden posible, una ordenación estable sobre la que construir mis pensamientos y mis acciones. Un orden en base al cual poder evitar aquellos errores a los que tanto tememos de niños, pero que al mismo tiempo buscamos, provocadores de conocimientos y de saber que los adultos no reconocen y que terminan por sentir hostiles hacia su orden, sus leyes: su amor.

Se me decía que aquella biblioteca era ordenadísima y no se podía desarreglar, porque cada volumen debía estar en su lugar: no era un juego. No obstante, yo me divertía revolviéndola, cambiando todo de lugar, hasta la altura que podía llegar, aquellos criterios, aquella organización, aquella cuidada red de referencias cruzadas de las que vive toda biblioteca. Pero también trazando, sobre las páginas de los libros, rayones a lápiz, con crayones, arrugando las hojas, arrancando luego algunas para recomponerlas en un libro solo mío, cuidadosamente reconstruido en una improbable carpeta hecha con el cartón rescatado de los contenedores, sobre todo de cajas de galletas y detergentes. Por otra parte, aquellos libros colocados en fila como soldaditos, todos de la misma altura, con el mismo uniforme, obedientes a las órdenes que recibían, bastaba abrirlos para entender que no había uno igual a otro. Que, quien fuese que los hubiera hecho o, mejor dicho, escrito, lo había hecho todo para hacer que su libro pareciera ese libro distinto a los demás.

De modo que yo también quería hacer mis libros, mi biblioteca, no menos celosamente defendida del deseo de limpieza y de vigilancia de mis padres, de poner en orden mi habitación. Yo hacía los libros, no sabía escribir aún – mi padre quería que fueran los maestros los que me enseñaran a leer y a escribir, nadie más –, pero yo, en tanto, ya sabía hacer libros y los usaba hablando, chapurreando, recitando: ¿qué diferencia había con la biblioteca de los mayores?

### Los números son finitos

Estaba en primero de primaria – así se llamaba entonces – y entonces me dijeron que estaba muy enfermo. No podía ir a la escuela, y mis padres se esforzaban por sonreírme, por hacerme sentir bien: pero yo sentía que estaba mal. Y más aún de enterarme que, en tanto, en la escuela, mis compañeros estaban aprendiendo a leer.

Deseaba tanto aprender a leer y estaba perdiendo la oportunidad de comprender finalmente aquellos signos, imágenes que hablaban de palabras escuchadas, pronunciadas cada día. Objetos que conocía, acciones que sabía ejecutar. Aquellos signos permanecían mudos, seguían sin hablarme. Seguía siendo yo quien todavía tenía que conseguir que se expresaran, pero no lo conseguía. No eran como aquellas películas que íbamos a ver con frecuencia al cine, tan lleno como envuelto en nubes de humo. La televisión no era amada en mi casa: el cine muchísimo.

Lo intentaba, pero los sonidos que emitía eran inconexos, equivocados, balbuceantes, por más que lo intentara con aquel incansable deseo de diligencia, que solo los muy jóvenes consiguen ejercitar. Me parecía conseguir que coincidieran, con mucho cuidado, cada una de las letras escritas sobre las páginas de colores, con su sonido correspondiente, pero lo que salía de mi boca distaba mucho de los sonidos del habla. La razón oral no quería ceder a aquella literaria, escrita.

Pero una mañana la lectura vino a mi encuentro, como sucede con las cosas que se buscan incansablemente sin lograr encontrarlas: son ellas las que deciden venir a nuestro encuentro, el cuándo y el cómo, no se sabe. Y la voz comenzó a darle un sentido verbal a aquellos signos. Por fin, una mañana sin fiebre.

Y aquellas imágenes alfabéticas comenzaron a moldear mi mente. Las redes neuronales de mi cerebro, estimuladas por aquellas cadenas de letras infinitas, comenzaron, como los tipos de plomo, usados para imprimir libros antiguos, a fundirse, a estructurar cada vez más mi pensamiento: un diccionario para hojear en busca de ideas, una hoja en blanco para apuntar con palabras escritas.

Fue así que, con el superar una enfermedad de la que no llegaron a saber qué podía haber sido – aunque creo que se trataba de la fiebre de querer hacerme grande –, mi cultura infantil de primaria oralidad, se encaminó cada vez más, hacia un estilo comunicativo escrito.

Mi pensamiento comenzó a escribir mentalmente textos alfabéticos, de día y de noche. Con los ojos abiertos y con los ojos cerrados. Los sueños comenzaron a escribir y a leer. La escritura mental fue convirtiéndose en un instrumento insustituible para pensar lo impensable y para comunicarme con el mundo exterior. Para escribir el pensamiento en mi mente, para escribir el aire con mis palabras, escribir las superficies de papel y luego las digitales, escribir el mundo que recorría, para leer en aquel mundo las palabras que los libros me permitían descubrir. Para preguntarme incansablemente los nombres de las infinitas manifestaciones de la vida, materiales, inmateriales, vivas y no, para transformar la realidad, pequeña y grande que podía vivir.

No es verdad que los números son infinitos. Los amamos porque son finitos y hacen el mundo finito. Miden lo que existe y con ello nos dan seguridad, siempre y en todo caso, hasta cuando fingimos alarmarnos porque la dictadura de los números nos exime de intentar lo humanamente imposible. Por eso, cuando me inscribí en la universidad para estudiar astrofísica, en cuanto entendí que había mucha, demasiada matemática, la dejé. Amaba la matemática, tanto como a la física, al igual que todas las materias de las ciencias humanas, pero no iba en busca del orden constituido. Iba en busca de causar desorden, de sentirme parte de aquel caos que me parecía solo los seres humanos pudieran crear: aunque, a veces con horribles consecuencias. Iba en busca de sostener la vida, esta lógica que actúa contra cualquier lógica cósmica, que hace arder, con el propio deseo, esperanza de poder cambiar todo, el hielo creciente del universo, el algoritmo de la previsibilidad, de la necesidad.

Las palabras, en cambio, las palabras, esas sí son infinitas.

## El insostenible deseo de entropía.

La puerta de la biblioteca de mi padre abriéndose de par en par me había revelado kilómetros de escritura. Libros que, con el tiempo, al irme convirtiendo en asiduo viajero, sabría eran de literatura, filosofía, historia, arte, arquitectura, teología, lingüística... que iban desde lo antiguo – lecturas otrora misteriosas – a lo contemporáneo, colocados en el espacio de las estanterías, de una manera, al menos al principio, de difícil comprensión para mí; ideas y cosas, realidad y ficción, imaginario y análisis, pasado y futuro y presente, todas las palabras en busca del orden, de dar un sentido al mundo, a la vida, a las acciones, a los pensamientos, a los sentimientos del hombre. Los míos y los de los demás. Palabras escritas para intentar encontrar una lógica en el relato de una antropología de la diversificación, percibida principalmente como amenazadora, aun cuando se le exalta como máxima expresión de la creatividad humana; de la genialidad artística. Esa misma antropología de la diversidad que fue definiéndose a través de siglos y siglos de historia, y todavía hoy fuerte y generadora, pese a la constante campaña persuasoria que quiere hacernos creer que vivimos, es más, que deberíamos vivir una época de globalización uniformadora. De hecho, ¿acaso no ha sido así desde los tiempos de los que tenemos memoria? ¿No globalizaban también sus estrechos mundos las civilizaciones occidentales, orientales? ¿No tenían, en relación a los medios de entonces, instrumentos igualmente eficaces, potentes, mortíferos?

El hecho es que, muy pronto, los libros se me revelaron como una paradoja “viente” porque cuanto más eficientemente estructuraban, organizaban, tejían historias, ideas, con sus palabras, “mejor hechos” estaban, cuanto más eficientemente instaban en quien leía, el deseo de ser diversamente creativos. Cuanto más creativos eran más nos inducían a serlo.

Por eso, a medida que comencé a adentrarme en aquellas lecturas, testimonios de una incesante búsqueda de un sentido en la existencia humana y no solo, confiada a unas reglas comunicativas, retóricas, lingüísticas, muy precisas, sentía crecer en mí la atracción hacia la posibilidad de descubrir en cada autor o autora, su disposición natural para hacer surgir, siempre y en todo caso, la irresistible fascinación del desorden, de ir más allá de las explicaciones, de cada explicación posible. Cada palabra construida para dar regularidad a la vida, para reducir la imprevisibilidad, para encontrarle un sentido, no hacía más que invitarme a entender que las reglas de los grandes libros, de los grandes escritores y escritoras, no son otra cosa que un himno en el que creer, a vivir la naturaleza profundamente divergente, generadora de la vida, en todas sus formas. Comenzando por aquella de quien lee. Un acto de amor cuya forma generadora iba más allá de todo lo imaginable.

La belleza generadora del orden entrópico se puede marginar, ser motivo de burla, esconder, pero no se puede ignorar porque la vida es, al menos para quienes la vivimos, vida, solo si se presenta como una posible, continua contradicción, vuelco, en relación



a aquello que creemos saber sobre el mundo: la vida, la única libertad, el único acto de rebelión posible en cuanto encaminado a contradecir, confundir cada predicción, cada previsión.

Entropía, como orden que se hace desorden para dar vida a un nuevo orden: por tanto, tenía razón Shakespeare cuando afirmaba que “yet there is method in ’t” (*Hamlet*, II,II): una entropía generativa. Entropía como esfuerzo orientado a comprender las leyes que regulan este orden del mundo, cultural, económico, social, político, cósmico, para poder transformar la gramática y poder crear de esta manera un mundo diferente. Leer para comprender y por tanto turbar *como son* lo viviente y lo no viviente, lo inmaterial y lo material, lo físico y lo simbólico, con el fin de transformarlos radicalmente como *quisiéramos que fueran*. La vida es subversiva por naturaleza, como la lectura.

### No se aprende a leer, se aprende a pensar

Aprender a leer no fue nunca para mí una técnica que aprehender. El verdadero esfuerzo consistía en conseguir pensar de un modo diferente. Pasar de un uso del pensamiento jerárquico, repetitivo, emulador, en el que las alternativas eran pocas respecto a una comunicación entre tú y el texto de tipo mecanicista – transmisor, a un pensamiento che, viceversa, apoyándose en las palabras que se iban leyendo, podía desarrollar en términos generativos un verdadero, nuevo texto escrito.

El problema no era, por tanto, lograr tejer una secuencia de sonidos articulados, hasta conseguir recrear secuencias de palabras que reproducían lo hablado. Es decir: ser capaz de dar voz a un texto escrito. Lo realmente difícil era el hecho de aprender a escribir en mi mente aquello que trataba de leer y de esta manera encaminar un proceso creativo que favoreciera mi crecimiento, el derecho de indagar críticamente y, por tanto, de imaginar la realidad con el fin de transformarla. El verdadero analfabetismo llega antes de la capacidad material de leer: se trata, de hecho, de un analfabetismo, de una literacidad que tiene que ver con la capacidad de ejercitar nuestra ciudadanía en la república de las letras escritas – leídas. Y, por tanto, habladas.

Desde los primeros libros ilustrados hasta aquellos que me acompañan hoy (estoy leyendo *Mass. The Quest of Understand Matter from Greek Atoms to Quantum Fields* de Jim Baggott: un libro que los estudiosos de ciencias humanas deberían ser los primeros en leer), cada volumen puede buscar explicarlo todo, incluso narrando asuntos sencillos, fábulas, historias, cómo funciona el universo o bien la irracionalidad, lo inexplicable de la vida, el misterio de la existencia (Montale lo resumió a su manera: “No nos preguntes la fórmula que mundos pueda abrirte/Solo podemos decirte esto hoy,/aquello que no somos/aquello que no queremos.” – *Huesos de sepia*). Pero el punto es otro, y tiene que ver con la relación que la mente del lector construye con el texto: la mente, es decir, con relación a aquellas palabras que puede plantearse como contenedor en una posición de pasiva acogida contención, de reproducción inerte, de sumisión, renunciando a hacerlas suyas,

o bien, puede asumir, precisamente, una posición opuesta: reactiva en sentido creativo, deseando apropiárselas para transformarlas en su vida de manera de poder valorarlas y escribir, inevitablemente, otras.

Saber leer quiere decir querer, saber reescribir, usar el texto impreso como una matriz, todo un guion a interpretar y, por ello, capaz de llevarte hacia otras palabras, otras experiencias, nuevos pensamientos, proyectos también muy divergentes con respecto a lo escrito, leído. La lectura es un acto de ciudadanía cultural, económica, social, política, de un valor inmenso: dime cómo leer y te diré qué ciudadana, ciudadano eres y quieres ser.

Por otra parte, el gran escritor (de la poesía al ensayo), ¿quién es, sino aquel que, con sus palabras sabe convertir al lector a su vez en autor de palabras? Y esta visión política de la lectura se convierte en una batalla fundamental para sentar las bases de un nuevo humanismo, sobre todo en el momento en que el mundo está buscando de superar sus propias dificultades persiguiendo nuevas – viejas mitologías relacionadas con el hombre fuerte, prototipo de cada lectura no – lectura.

En la sociedad donde la función del ver se ha reducido al parecer, leer se ha reducido a mirar la vida de los otros, a contemplar la propia impotencia.

### **El robot que está dentro de nosotros**

Dos modalidades de lectura – vida, por tanto, radicalmente, sistémicamente opuestas:

- esa vieja, pero todavía vigente en todos los aspectos, de tipo mecánico – alienante, donde el imaginario es fuga de la realidad, y por esto es confiado a una trama de soportes multimedia de manera que su “consumo” pueda tenerte lejos del riesgo de apasionarte por querer “leer”, comprender y, en consecuencia, tan solo a pensar en poder re – escribir el mundo;
- esa nueva generadora de libertad y creatividad, de coraje, de alegría de intentar pensar aquello que una idea equivocada de la concreción empuja a juzgar imposible, inoportuno, no conveniente. Es la lectura de la complejidad, vista finalmente como recurso infinito y no como fuente de problemas irresolubles.

Tras esta contraposición, que marca la verdadera guerra entre dos concepciones de la vida individual y colectiva, está el enfrentamiento entre dos visiones de la condición humana:

- la que quiere transformar al ser humano en una máquina – los robots que podrían sustituir a los seres humanos incluso en los trabajos más vitales, como la medicina, nos dan miedo porque nos recuerdan en qué medida nosotros, seres humanos, hemos llegado a convertirnos en máquinas.

- la que cree que el hombre sobre el planeta Tierra y más allá, tenga una misión, la de contraponer al teorizado progresivo enfriamiento del universo el calor de la vida.

La libertad no te la puede dar nadie. La misma condición vale para la buena lectura. Y como la lucha por la libertad y por la democracia nunca acaba, de la misma manera la lucha por una lectura que no sea aplastada por fines meramente productivistas, por intereses funcionalmente economicistas, por estrategias destinadas al control de mecanismos alienantes, la lucha por una lectura entendida por fin como “bien común” atañe al sentido más profundo de nuestra vida. De una ciudadanía que es al mismo tiempo pública y privada; más aún, interior.

Elegir lecturas que sean portadoras de libertad significa ir contra la deriva contemporánea: una deriva potente como una corriente oceánica difícil de vislumbrar fuera y dentro de nosotros, pero precisamente por esto de una fuerza planetaria. Una corriente provocada cada vez más por un *climate change* que es ante todo cultural. Donde cultura significa necesidad de reencontrar la fuerza de pensar en lo imposible, de proyectar lo improbable, de realizar aquello que todo análisis, precisamente porque viciado por una cultura de los recursos equivocada, contaminada por los intereses de pocos grupos de privilegio, te dice estar equivocado. Donde cultura significa ganas de vivir. Siempre y en todo caso.

### Una misteriosa enfermedad: la democracia

Hasta el día de hoy entre los placeres más grandes que siento está ese de concederme la lectura de cosas que se me hacen difíciles de leer. Las debes leer una vez y luego otra, de un modo cada vez más atento, intentando anotar al margen eso que realmente te interesa.

Extraña cosa es la dificultad. En el enorme y prolongado esfuerzo de leer la *Commedia*, de Dante Alighieri, o *Gravity's Kiss. The Detection of gravitational Waves* de Harry Collins. La dificultad estriba en el encontrar el justo equilibrio entre:

- escuchar al autor decidiendo, por tanto, corriendo el riesgo, de elegir eso que, en mi opinión definitiva, es más vital en sus palabras, hasta el extremo de malas interpretaciones producto de una excesiva personalización, y viceversa.
- hacerse autores de un control infatigable, de una comprobación siempre incumplida en relación a la comprensión efectiva de ese mismo texto, un cuidado de los detalles, una filología acrítica que no legitima ningún proceder si antes no se está convencido de haber comprendido todo.

Un equilibrio difícilísimo de alcanzar entre crítica, interpretación, reelaboración de los contenidos sobre la base de un verdadero, personal proyecto (1) y filología, análisis atento del pensamiento de los demás, reconstrucción de su complejo andamiaje (2). Un



equilibrio que consiste en la construcción de una relación muy concreta entre los dos sujetos involucrados, autor y lector.

Aquella misteriosa enfermedad de niño que coincidió con el inicio de mi vida de lector giraba, aunque inconscientemente, alrededor de una pregunta: ¿por qué nadie de mi familia me había enseñado a leer antes de ir a la escuela? ¿Y por qué nadie se planteó enseñarme cuando se dieron cuenta de que no podía ir a la escuela debido a mi precaria salud?

La pregunta siguió replanteándose hasta que entré en una clase para iniciar mi carrera de docente. Todos eran alumnos y alumnas, apenas algún año mayor que yo, e inmediatamente caí en cuenta que el problema era enseñarles a leer a ellos. O mejor a reescribir lo que leían: es decir a hacerse autores de sus lecturas. Y como profesor inexperto que era (incluso hoy no creo ser un muy buen profesor, puede que un muy buen investigador, pero no un muy buen profesor) traté de explicarles los textos que estaban llamados a leer. Pero mis estudiantes, no obstante mis esfuerzos, quizá a causa de mi afán por ayudarlos de aquella manera, no lograban progresar mínimamente: leían los textos, solo que no sabían leer. Eran chicos/chicas –libro, libros vivos como los que Truffaut y Bradbury habían propuesto en las pantallas con Fahrenheit 451, en 1966. Seres humanos que aprendían de memoria uno o más libros – mejor aún, sus resúmenes – el tiempo necesario para aprobar el examen.

El hecho es que, como ya se ha señalado, leer es difícil porque es difícil ejercer la libertad, es difícil reconocerse con derecho a tener un proyecto: para vivirlos (libertad y proyecto) es necesario no buscar en los profesores, en los libros, en los padres quién vive por ti: quién piensa, interpreta, explica, lee la realidad por ti. Exactamente como difícil es sustraerse de la tentación de vivir para los demás: en algunos casos por protagonismo, en otros por preocupación – los estudiantes – clientes – los hijos – nuestras prótesis. Cada vez que busco un libro, cada vez que lo abro me encuentro siempre ante ese problema: cuánto escuchar para repetir, cuánto escuchar para escribir. Y escribir, escribir de verdad es un acto de ciudadanía, de libertad no menos difícil, agotador, que leer. Por ello cuando se escribe se puede ser lectores más o menos honestos consigo mismos; y cuando se lee se puede ser escritores más o menos robot, ejecutores del pensamiento de los demás.

En fin, nunca se puede decir que se ha aprendido a leer. Con mayor razón después de haber leído tanto. Y a menudo, mal. Leer es una acción creativa encaminada a deformar el tiempo – espacio y la masa – energía, así como nos fueron dados por la naturaleza. Es un algo “contra natura”. Una enfermedad que hace estar mal, al planeta y al hombre en sí mismo: y sin embargo es algo maravilloso que hace estar bien. Sin una finalidad en sus objetivos, porque ni bien te acercas, uno se revela otro que nunca hubiera imaginado. Es una guerra contra la muerte.

El riesgo es grande, infinitos los errores posibles cuando transformamos lo escrito por el autor según nuestro uso, nuestra lectura: un acto de apropiación es un acto de amor, sea de nuestra parte, sea del autor que ha escrito para permitirnoslo, o mejor

dicho, para invitarnos a hacerlo. Por ello, son los grandes, grandísimos, esos geniales, irrepetibles, los que te invitan a destrozarlos, devorarlos, a nutrirse de ellos para poder transformarlos en nueva existencia, la nuestra, a fin de fortalecer la vida, este milagro inexplicable del universo.

Y la naturaleza ha sido siempre como un gran libro a leer, interpretar, entender: un libro a reescribir. La pregunta hoy es doble: ¿será la Naturaleza tan grande como los autores de libros humanos, tendrá la misma generosidad, será madre o madrastra? ¿Y el hombre, será capaz de convertirse en un gran autor? ¿Sabrá leer el mundo para reescribir uno mejor?

La biblioteca del futuro está por escribirse. Siempre lo ha estado. Y nosotros somos como ese niño ante una puerta cerrada, que no sabía leer aún, pero que sabía que tras aquella puerta estaba su vida. Fuera como fuera, estaba la vida, su futuro.